

**ARTE****'En primavera', por Gonzalo González**

La Galería Arte Mácula acoge los graffitis sobre papel de Gonzalo González.

Pág. 5

**MUSICA****El joven que gustó a Paul McCartney**

Jon Allen, que deslumbró a McCartney, publica un nuevo y estupendo álbum.

Pág. 7

**CINE****La incógnita de 'Two Lovers'**

La película llega con dos años de retraso y alcanza un gran éxito de taquilla.

Pág. 8

# PLEAMAR

CULTURAL

2 de junio de 2010

Ganador del 7º Premio al fomento de la Lectura de la Federación de Gremios de Editores

## ECOS DE LA BARBARIE

**La publicación** en España de 'Necrópolis' (Anagrama), del esloveno Boris Pahor, es un nuevo ejemplo de literatura sobre el holocausto durante la Segunda Guerra Mundial.



Unos visitantes pasan bajo una réplica de la inscripción *Arbeit macht frei* (El trabajo os hace libres) sobre la puerta de entrada al campo de concentración nazi de Auschwitz.

# REVIVIR EL HORROR

## Se publica en España 'Necrópolis'

♦ Por Victoriano S. Álamo

**E**stoy en un cementerio silencioso, donde residí y desde donde parti para irme de vacaciones y adonde acabo de volver. Soy un habitante de este lugar y nada tengo en común con la gente que se marcha hacia las puertas enrejadas, y que pronto volverá a contar sus vivencias, dividir las horas y desmenuzar los minutos. Ésta es una de las múltiples reflexiones que plasma en su impactante libro *Necrópolis* (Anagrama), el triestino Boris Pahor (1913), que acaba de editarse en España.

Vivir el infierno en la tierra es una experiencia imposible de olvidar. Pero regresar al mismo años después, camuflado como un turista más, debe resultar una experiencia tan extraña como conmovedora. Así queda de manifiesto con este nuevo testimonio del horror del holocausto nazi durante la Segunda Guerra Mundial, que el escritor Boris Pahor desvela con maestría en *Necrópolis*. Este autor, que pasó por varios campos de concentración y exterminio nazi

**Boris Pahor rememora su paso por los campos de concentración nazis a partir de una visita, junto a unos turistas, al de Natzweiler-Struhof, sobre los Vosgos.**



Un grupo de personas camino de un campo de concentración nazi.

tras ser detenido por colaborar con las fuerzas antifascistas eslovenas, visita junto a un grupo de turistas el campo de muerte de Natzweiler-Struthof sobre los Vosgos, donde estuvo confinado. Las alambradas, la torre de vigilancia, la temible ladera, los cercanos bosques y cada uno de sus rincones despiertan en él unos fantasmas que nunca descansan. Que le atormentarán hasta el final de sus días, porque las llamas de aquel infierno son inextinguibles.

Leer *Necrópolis* es una experiencia fascinante, porque va mucho más allá de lo que a priori se espera. Pahor no se queda en un conmovedor relato de su atroz vivencia. Es capaz de *parir* una prosa poética, evocadora y bella para describir una situación que obliga a reflexionar sobre los límites de locura a los que puede llegar el ser humano. Trasladada física y emocionalmente al lector a los vagones de tren donde eran transportados como ganado al matadero, a los insalubres barracones donde cada día, casi cada hora, perecía uno o varios de los famélicos prisioneros de una barbarie que fijaba sus ojos principalmente en los judíos, los gitanos y todos los seres que la raza aria nazi consi-

deraba «inferiores».

Esta obra autobiográfica supone una reflexión impagable sobre el dolor, la inteligencia, la solidaridad y la resistencia que, a su vez, desvela a los profanos realidades desconocidas. «Tres semanas fueron suficientes para exhalar. Primero se fueron precisamente los organismos más fuertes. Éstos suelen tener una naturaleza que no soporta bien la fuerza del impacto inicial. La comida aguada y doce horas de trabajo en los túneles. Dentro, corrientes de aire. Fuera, nieve. Pero esto no fue lo más difícil. Lo que mataba era el ritmo. Salidas rápidas. Regresos rápidos. Tragar rápidamente el pan de munición antes de ser interrumpido por los gritos que apuraban a las tropas a reunirse para contarlas», escribe Pahor en *Necrópolis*.

En un sorprendente momento, Pahor, que ejerció como enfermero durante su cautiverio, confiesa que quizás su martirio puede parecer poca cosa con lo descrito en sus memorias por «Blaha, Levi, Rousset, Bruck, Ragog, Pappaletterax». Tras lo que explica que «fui prisionero de mi propio mundo oscuro». Añade que «éste estaba vacío por dentro y se poblaban de las sombras de los desgraciados que se ponían delante de mis ojos. ¿Sólo delante de los ojos? Sí, pues en realidad no dejaba que las imágenes alcanzaran mi corazón. Para eso no me servía de mi voluntad, sino que ya desde el primer contacto con la realidad del campo toda mi estructura psíquica se había hundido en una niebla inmóvil que constantemente filtraba todos los acontecimientos y le quitaba la eficiencia de su fuerza de impacto». A pesar de esta explicación, Boris Pahor, como casi todos los supervivientes del holocausto nazi, no sabe por qué sobrevivió. Reconoce, eso sí, que una lesión en un dedo fue primordial para que acabara en la enfermería y ejerciera una actividad tétrica y depresiva, rodeado de muerte, que lo convertía casi todos los días en un sepulturero más que en un enfermero, pero que le alejaba de los trabajos forzados en las canteras y túneles.

#### Otra novedad

Además de esta obra maestra de Pahor, Caballero de la Orden de las Artes y las Letras y poseedor de la Legión de Honor de la República francesa, la editorial RBA acaba de publicar en España el libro *Sonderkommando*, de Shlomo Venezia.

Venezia, prisionero judío del campo de concentración y exterminio Auschwitz, en Polonia, fue obligado a trabajar en las cámaras de gas nazis y logró sobrevivir para contar al mundo su sobrecogedora experiencia que plasma en este libro.

*Sonderkommando* es el nombre que recibían los grupos integrados por los prisioneros judíos que eran obligados a ayudar a sus verdugos en las cámaras de gas y en la cremación de los cadáveres.

El caso de Shlomo Venezia se asemeja en cierta medida al de Pahor. Y es que el primero reconoció hace unos días en Madrid, durante una entrevista con la agencia *Efe*, que estuvo 47 años sin querer hablar sobre su terrible experiencia. En 1992 fue invitado a «regresar al infierno» de Auschwitz para acompañar a un grupo de estudiantes romanos. «Esa experiencia me hizo liberar lo que llevaba dentro, me hizo sentirme más liviano», confesó tras revivir todo su horror.



Unos jóvenes prisioneros, en el campo de concentración y exterminio nazi de Dachau.

## Literatura del Holocausto

### Una guía para conocer la barbarie nazi

♦ Por Antonio Rojas

**O**ir las voces de las víctimas es esencial si queremos comprender aquel pasado. Tal afirmación pude de leerse en la extraordinaria obra de Saul Friedländer *El Tercer Reich y los judíos*, editada en dos volúmenes que recorren el período de 1933 a 1945: *Los años de la persecución* y *Los años del exterminio*. El autor, que perdió a sus padres en Auschwitz, insiste una y otra vez –y con razón– en que para conocer la historia del Holocausto no basta con prestar atención a las políticas, decisiones y medidas alemanas encaminadas al más sistemático de los genocidios conocidos, sino que también hay que fijarse en las reacciones del mundo de su entorno y de un modo específico, en las actitudes y el destino de las víctimas. Y aún así, a muchos nos seguirá pareciendo incomprensible lo que ocurrió en aquella época en que el Mal –así, en mayúscula– adoptó la forma del sanguinario régimen nazi y se hizo realidad en el sostenido ejercicio de exterminio de sus enemigos, en especial del pueblo judío.

Desde el mismo momento de la liberación de los campos comenzó la llamada *Literatura del Holocausto*. Como diría Imre Kertész, que salió con vida de Auschwitz, «el campo de concentración sólo es imaginable como literatura, no como realidad». También Adorno había sentenciado que después de Auschwitz sería imposible escribir poesía. Quienes habían sobrevivido a la muerte necesitaron del auxilio de la escritura para contar en primera persona el horror, para expresarse sobre la experiencia más traumática del siglo XX, para relatar sus itinerarios humanos en un universo inhumano, para echar fuera de sí mismos la culpabilidad de saberse supervivientes cuando varios millones de semejantes se habían quedado para

siempre tras las alambradas. Cierto que algunos necesitaron que pasara mucho tiempo, suficientes años, antes de tomar la pluma y narrar sus experiencias concentracionarias.

Testimonios necesarios que eran, a un mismo tiempo, dolorosos ejercicios de memoria, pero también pruebas y alegatos imprescindibles para que el futuro y las generaciones venideras no olvidaran nunca lo sucedido. Aunque por cuestiones biológicas los sobrevivientes murieran –cada vez quedan menos y en muy pocos años habrán desaparecido–, debían permanecer esas páginas escritas para refutar cualquier tentación negacionista, para rebatir cualquier intento de borrar los padecimientos de millones y millones de europeos. Palabras contra el olvido.

#### Centenares de títulos

La *Literatura del Holocausto*, conformada por varios centenares de títulos, ha recorrido todos los géneros literarios, desde la novela a la poesía, pasando por los diarios, las memorias, las cartas, el ensayo, etcétera. Y aunque todos los textos tienen un gran valor como expresión de los testigos, su calidad literaria es desigual. Algo lógico si tenemos en cuenta que lo que a muchos movió a escribir fue la imperiosa urgencia de evidenciar lo que había pasado, de expulsar los demonios, más allá de cualquier búsqueda de un reconocimiento como escritores.

Con el tiempo, la crítica –y también los lectores– han considerado imprescindibles y básicos tres libros: *Diario de Anna Frank*, *Trilogía de Auschwitz*, que incluye *Si esto es un hombre*, *La tregua* y *Los hundidos y los salvados*, de Primo Levi, y *Trilogía de la noche*, que contiene *La noche*, *El Alba* y *El día*, obra de uno de los intelectuales europeos más brillantes: Elie Wiesel. Pero claro, hay mu-

chos más que resultan esenciales, necesarios. Primo Levi tiene algunas otras narraciones y, recientemente, se han publicado en España sus cuentos completos. El paso por los campos nazis está muy presente en toda la obra de Jean Améry, como también en una obra fundamental: *La especie humana*, de Robert Antelme.

De igual modo, ¿cómo perder de vista ese estremecedor relato que es *Seguir viviendo*, de Ruth Klüger? ¿Y qué decir de *El humo de Birkenau*, de Liana Millu, al que el propio Levi definió como «uno de los testimonios europeos más intensos sobre el campo de concentración»? Antes de ser distinguido con el Premio Nobel de Literatura, el húngaro Imre Kertész había ya entregado a los lectores su aclamada novela *Sin destino*, en la que se pone en la piel de un adolescente –el mismo convertido en György Kóves– para con distancia y objetividad narrar su experiencia en un campo de exterminio.

No hay que olvidar que también miles de españoles fueron deportados a los campos de concentración nazis y que la mayoría de ellos perdieron allí la vida. Quizá nadie como Jorge Semprún, superviviente de Buchenwald, personifique el sufrimiento de esos compatriotas que habían abandonado España tras la derrota republicana y que fueron entregados a los nazis por el gobierno colaboracionista francés, cuando no por el de Franco. Semprún ha reconocido que hasta muchos años después no fue de causa de ponerse a escribir y narrar su caso particular.

Concretamente hasta 1963, cuando dio a la imprenta el impactante *El largo viaje*. Después, ha regresado una y otra vez al infierno de Buchenwald en novelas como *El desvanecimiento*, *Aquel domingo*, *La montaña blanca*, *La escritura o la vida*, *Adiós, luz de veranos y Viviré con su nombre, moriré con el mío*.